

# DEL EPISTOLARIO DE VICENTE MEDINA A DON MIGUEL DE UNAMUNO

POR

ANTONIO LINAGE CONDE

*A Doña Leo Ibáñez, Viuda de  
García Blanco*

La correspondencia entre el poeta de Archena y el rector de Salamanca, tal y como a través de las cartas del primero conservadas en el Archivo Unamuno de su universidad (1), hemos podido comprobar, es copiosa y constante, extendiéndose entre 1899 y 1922 durante las estancias cartagenera y argentina de aquél (2). No sólo por estas notas, sino por la intimidad espiritual y aun personal establecida entre ambos interlocutores a distancia, es muy reveladora para el conocimiento de Vicente Medina.

Desde luego que la estimación literaria del uno por el otro existió y fue sincera. Se interesaban recíprocamente por sus nuevas obras y en sus cartas se alude a menudo a ellas y a sus mutuos envíos. Parece que la inicial del epistolario fue una de Vicente de principios de 1899 que no se ha conservado entre los papeles de don Miguel, acompañatoria del envío de *Aires murcianos*. En su respuesta, Unamuno le dice conocerlos ya, así como sus poesías publicadas en el "Madrid cómico" (sobre

---

(1) Entregado al editor del epistolario unamuniano, el archivo de cartas de éste recogidas por don Manuel García Blanco, no hemos podido comprobar si en él se encontraban y en consecuencia verán de inmediato la luz de las de Medina.

(2) Las cartas están casi siempre escritas en grandes papeles bastos, a veces subrayados. De las primeras, varias llevan el membrete de "La Tierra. Diario independiente de la mañana"; y de las segundas, en 1920, de "Letras. Publicación mensual de Vicente Medina" con la relación al margen de las siguientes obras del escritor: *Poesía, La canción de la huerta, La canción de la vida, Alma del pueblo, La canción de la muerte, Abanico, Canciones de la guerra, El libro de la paz, Teatro (El rento, El alma del molino, ¡Lorenzo!),* inéditas dramáticas (*La pena duerme, La copla triste, El calor del hogar, Los pájaros, La fiesta del mar, El canto de las lechuzas*); en prensa, *La compañera*. Junto a las cartas se conserva un artículo autógrafa de ocho páginas, *El habla será la patria*, sobre el idioma español en América, a propósito de la emigración a Chile de un viejo minero de Cartagena. Está firmado en esta ciudad el 1907.



todo *Noche güena*) y *El rento*; y que envía "a Berlín a un amigo que se dedica a nuestra lengua y nuestra literatura", el ejemplar que antes tenía del libro (3). "Se lo he dicho aquí a mis amigos (todos los cuales le conocen, contando en esta vieja ciudad con un grupo de admiradores): hace mucho tiempo que no nos salía un verdadero poeta como Medina". Esta misiva está datada el 30 de enero. Y ya el 4 de febrero escribíase en Cartagena al contestarla:

*El rento*, precisamente, es la obra que tengo presentada en Madrid, pretendiendo su estreno; veremos si lo consigo; me aconsejan esperar, guardando absoluta reserva (4).

Me complace sumamente que haya enviado mi librito a Berlín... ¡me enorgullece!

El 7 de noviembre le anuncia remitirle *La sombra del hijo*, y le pregunta si, como anunció en "Revista nueva", ha publicado algo sobre *Aires murcianos*. Poco después, don Miguel, humanamente preocupado por la situación económica de Vicente, debió insistirle en activar las gestiones para su estreno, por cuanto el 5 de enero de 1900 éste le responde:

Que cuándo me representan los dramas, me pregunta Vd. ¿quién sabe? Al "Español", a la "Princesa", a la "Comedia", a "Novedades", he remitido mis obras, haciendo cuantas gestiones he podido... ¡nada! Indiferencias, excusas, cartas sin contestación... lo de siempre.

Yo no pido prodigios de "Las mil y una noches", amigo D. Miguel, pero... ¡mire Vd. que ser literato para gastar lo que no se puede, lo que reclaman necesidades vivas, lo que se gana en fatigosa labor material, para gastarlo, repito, en editar dramas, siquiera porque alguien los conozca... porque no se pierdan en absoluto!... Esto es muy triste ¿verdad?... En fin... ¡paciencia! Son "miseriucas" como Vd. dice muy bien (5).

(3) Esta carta está publicada en V. Medina, *Poesía* (Cartagena, 1908), pp. 24-7.

(4) En la carta citada en la nota anterior le decía don Miguel: "He sabido por el amigo Martínez Ruiz que tiene Ud. presentado al Español un drama de costumbres murcianas que si es como *El rento*, espero obtenga el éxito que se merece. Y si triunfa Ud. en la escena, tendrá abierto el único camino que da provecho en nuestras letras, el único lucrativo".

(5) En Medina era una obsesión la publicación de sus obras. Debía ver en ello un indispensable complemento a su vocación creadora, un deber complementario por ella impuesto, luego de la creación misma. El 19 de mayo de 1902 fechaba esta confesión en Cartagena: "En cuanto a los libros, no se venden; excepto el tomo Mignón, todos están editados por mi cuenta y ellos se comen, no solamente lo poco que cobro por la publicación de versos en periódicos y revistas, sino algo también de lo que gano escribiendo cartas comer-



El 4 de noviembre le acusa recibo de un discurso y le comunica el envío de *Alma del pueblo*. Y a la crítica unamuniana contesta el 11 de enero del año siguiente:

Recibí oportunamente su amable carta, hablándome de mi librito *Alma del pueblo*. Gracias de corazón por sus observaciones, elogios y consejos... Tiene Vd. muchísima razón: yo no soy sectario, esas exaltadas composiciones son hijas de una fogosa edad que ya va pasando, dejando su lugar a otra de reflexión y calma.

He estado en Madrid unos días y, además, muy atareado con un nuevo dramita en un acto que pretendo estrenen la Guerrero y Mendoza en Murcia adonde irán en febrero próximo. Voy a ver si de este modo consigo que se atrevan después con *El rento* y algún otro drama en tres actos.

El 25 de julio de 1902 le comunica mandarle *La canción de la vida*, y está enterado de su próxima visita a Cartagena, como mantenedor de sus juegos florales, por cuyo discurso le felicita anticipadamente cuatro días más tarde. Y el 30 de agosto de 1903, lo hace por el de Almería (6); en tanto que el 27 de diciembre, al tiempo de decirle le envía *La canción de la muerte*, sigue:

Recibí su libro *De mi país*. Saboreo en él la observación de cuanto escribe Vd.... pero en un ambiente fresco, "suave sedativo en horas de cansancio... árbol campestre de dulce sombra" de que habla Vd. al hablar de Trueba. Me encantan todos aquellos dichos que recoge Vd... Palabras del pueblo que dan completa visión y psicología de las cosas: "sube gente y suben personas" (*Romería de San Marcial*). Perdón si he dicho algún disparate, pero yo sé lo que quiero decir, que no es malo, y acaso Vd. me entiende, si no enrevesé demasiado la frase.

El 3 de enero de 1904, ya había recibido respuesta de don Miguel, por cuanto vuelve a escribirle desde Cartagena:

---

ciales y haciendo guarismos y facturas. En estos momentos acabo de editar *El alma del molino*, drama de costumbres murcianas... ¡para ayudarme a pagar la edición, escribiré una cartita a treinta o cuarenta amigos (creo que no son tantos los que tengo) rogándoles que acepten un ejemplar de la obrita y me envíen su importe de una peseta!".

(6) En el Círculo literario de esa ciudad, el 30 de agosto de ese año. Texto en "Obras completas", ed. García Blanco (Madrid, 1958), VII, pp. 589-603.



¿Con qué le gustan las ilustraciones? Me alegro. Ojalá suceda igual con la lectura; con unos cuantos aplausos como el de Vd. me doy por bien pagado.

Por falta de lugar no empecé ya una novela, pues también se me había ocurrido, pero creo que lo intentaré algún día.

Apenas leo, ni tengo tiempo de leer los periódicos; pero al decirme Vd. lo de su verdadera labor y lo de las *Glosas a la vida*, busco y encuentro reproducido en el periódico "El Guadalcazín", de Jerez de la Frontera, su artículo *Darwin y Silvela* y me entusiasmo en él y confirmo mi postura de que conforme se da la manifestación de un mismo fenómeno en distintas y opuestas partes del mundo que indudablemente están en oculta relación, así las ideas se dan también en esencia las mismas, una sola, en distintos hombres.

Me escarabajea hace tiempo (y creo que lo haré) la idea de hacer otro libro en prosa que se titulará *La nueva canción* (La canción de la sinceridad) y tengo comenzada una obra teatral que se titulará *La gran comedia* en la cual se demuestra que combatimos y abominamos ideas a las que íntimamente nos inclinamos y llevamos a la práctica con la fruición de lo prohibido.

El 29 de julio de 1905 le pide impresiones acerca de *La canción de la huerta* y *La canción de la muerte*, de esta sentida manera:

Los que amamos el arte, la vida, no podemos renunciar, no debemos renunciar, al juicio de los pocos cerebros vivos, usted, Martínez Ruiz y otros.

No le pido elogios, ni siquiera artículo en la prensa, sino impresión clara, comunicación de su espíritu al mío, condensada aunque sea en una sola frase de reprobación, de aprobación, de observación luminosa, pero intensa, viva, de las entrañas.

El 22 de marzo de 1907 le agradece el artículo que le ha mandado para "Lunes de la tierra", y la promesa de ocuparse de él en "La nación" de Buenos Aires; y el 27 de abril le acusa recibo de sus poesías.

El 23 de julio de 1916, ya desde Argentina, supone recibe la revista *Letras* que edita mensualmente:

¿Qué le parece de esta época mía? *La compañera*, *Mi dulce manantial* y mis otras *espontaneidades*... Más sentido (¿sen-



timental?) de corazón y de cabeza me siento... Me siento removido y movido como árbol que se llena de tiernos brotes... ¿Pero qué es lo que nos mueve, Dios mío? Observará Vd. por *Letras* que le leo bastante... quizás por culpa mía sin entenderlo bastante también!

El 9 de noviembre se queja del silencio de don Miguel ("Acaso mis cartas no han llegado a sus manos... o a mí no me han llegado sus cartas"), y dice haber seguido a través de *La nación* el viaje suyo a Mallorca, enriquecedor como sabemos de *Andanzas y visiones españolas*. Y el 20 de septiembre de 1920 dice mandarle su "grito de protesta... unas cuartillas que no sé dónde publicaré".

Ya hemos tenido ocasión de hasta aquí comprobar el rigor obsesivo con que a Medina se imponía su vocación creadora. Que ello fue una constante en su vida, desde los comienzos, nos consta por lo bastante que de sí mismo nos confesara. Así al presentar *La canción de la vida* (7): "La noche de Sábado Santo, en la huerta, los novios ponen a las novias enramadas de flores a la reja... Yo que tenía entonces dieciséis años, también llené de flores una ventana... ¡y entre las flores esparcí versos!... A partir de entonces hice muchos versos, pero malos, incorrectos, disparatados... Desconocía en absoluto (y desconozco aún oficialmente), retórica y poética... ¡así tenía yo teorías maravillosas como la de creer que hacer versos libres, era hacerlos a capricho y con entera libertad de metro y rima!... En los cuerpos de guardia y en las oficinas hacía versos siempre, aún muy malos; pero ya eran leídos algunos y se me tenía como poeta."

La muy humilde condición social bajo la que nació, le obligó a ganarse la vida siempre duramente, con una etapa inicial en la cual hubo de merodear de oficio en oficio, caso raro en los escritores españoles y que es el mejor crisol para demostrarnos la profundidad no desarraigable de su vocación misma. Tan natural le resultaba ésta, que sin embargo no insiste expresamente en el mérito de no haberla dejado naufragar, al recordarnos sus andanzas casi pintorescas: "De vendedor callejero de periódicos en mi pueblo, pasé a Madrid con aspiraciones más elevadas; pero, por mi buena o mala ventura, hice de criado en casa de un procurador de los tribunales, en donde embetunaba botas, iba a la compra con una cesta al brazo y acarreaba el agua de una fuente de la vecindad con un cántaro al hombro... Luego fui aprendiz en un comercio de ferretería y durante dos años anduve por las calles de Madrid (adonde van los poetas en busca de gloria) cargado con una

(7) Ed. cit., p. 10.



espuerta llena de utensilios de cocina, que llevaba al domicilio de los clientes. Después fui mancebo de botica y, por fin, senté plaza de soldado y estuve en Filipinas. Una vez licenciado regresé a mi aldea y me hice mercero, vendedor ambulante con mi fardo auestas (8). La cosa no me daba para vivir y entonces marché a Cartagena y busqué un empleo en una casa comercial. Cuando yo ya tenía treinta años, comencé a orientarme a la literatura y se empezaron a conocer algunos trabajos míos. Y desde los treinta años, desde aquella época en que me inicié en la literatura, hasta hoy, doce años más, he trabajado igual: sumando columnas infinitas de guarismos y refrescando mis horas de trabajo con la melancolía de mis versos" (9). Y más adelante: "He pasado por todas las gradaciones mercantiles, desde pequeño rapaz vendedor callejero de periódicos a empleado de alguna categoría en bancos y casas importantes de comercio, y todos mis versos están incubados al abrigo de un mostrador o de un pupitre de negocio, escritos en el reverso de facturas o papeles con timbres comerciales, y acariciados y pulidos, íntimamente, entre cartas de reclamo, anotaciones de caja y regateos de venta".

Sin embargo, el balance de Vicente Medina no revela una amargura tenaz por la servidumbre de los tales menesteres sustentadores. No se consideraba preso ni sepultado en sus plúmbeos escritorios (10 y, planteándonos una vez más muy instructivamente, la cuestión de la fecundidad de la molicie o de la dureza para la labor creadora, llegó a escribir: "Yo añoraba mi aldea constantemente, enmedio del árido bregar cotidiano... Y cuanto más añoraba la huerta más la vivía... Si no hubiese sufrido la ausencia de la huerta; si no la hubiese sufrido en las amarguras de una dependencia humilde y en la tosquedad y dureza de la vida comercial... ¡quizá no hubiese manado aquella fuente de mi espíritu!" (11). El párrafo, desde luego discutible, no tiene desperdicio.

(8) Detalla en la p. 12 del libro citado en la nota anterior: "Traté de vivir con un pequeño comercio de tejidos en otro pueblo cercano, adonde iba con un borriquito que me llevaba la carga. No pude sostener mucho tiempo aquel lujo de caballería, porque era demasiado gasto el del pienso, y no me quedó otro camino que llevar yo mismo mi fardo auestas... A pesar de la economía y de andar a diario de tres a cuatro leguas con mi tienda al hombro, no podía vivir y tuve que emprender nuevos derroteros".

(9) *Comercio y poesía*, conferencia en la Escuela superior de Comercio de Rosario el 22 de agosto del 1908 (en *¡A otras sierras!*; Obras completas", XXIII, Rosario, 1926), pp. 67 y 152-4.

(10) Cf. este elocuentísimo párrafo de Paul Claudel, como se sabe hijo de un registrador de la propiedad: "Tout ce fracas se réduit dans les deux tableaux de Haarlem des Regents et des Régentes a la sévérité puritaine et presque macabre d'une reddition de comptes. Ce n'est plus cet étalage de collerettes, d'armes, de rubans, de mollets rebondis et de trognes émerillonées. C'est un bureau. C'est une table où l'on apporte sinistrement des livres et des chiffres" (*La peinture espagnole. III. Portraits. Tapisseries*, en "L'oeil écoute", París, 1964, p. 134).

(11) *La canción de la vida* cit., pp. 154-5.



Ni que decir tiene que este *leit-motiv* de su vida vuelve reiteradamente en sus epístolas a don Miguel. Este le había escrito en su calendada carta de 1899: "Una cosa encuentro en sus poesías cuyo manejo es delicadísimo y es los diminutivos en ico e ica. Dan gracia y delicadeza, pero a poco que uno se descuide hacen a la composición empalagosa. Debe procurar, a mi juicio, no abusar de ellos. A mí que me dedico a la lingüística y sobre todo a la lingüística hispano-latina y de las lenguas neo-latinas (estudio que constituye mi especialidad técnica) me interesan mucho las hablas regionales. (Preparo un trabajo sobre el dialecto salmantino). Por esto hallo, además del poético, otro interés en sus composiciones. Debe Ud. oír mucho a los huertanos y recoger todas sus frases, giros, voces y modos de decir, sin fiarse de la memoria sola. El gran escollo en que han tropezado cuantos se han dedicado a cultivar esas hablas, ha sido el de acabar creando un dialecto para sí, un vocabulario restringido". Y contesta Medina el 4 de febrero:

Lo de "oír mucho a los huertanos y recoger todas sus frases, giros, voces y modos de decir", es mi aspiración constante, lo que anhelo con toda el alma para llevar a cabo la obra soñada, pero, desgraciadamente, no puedo hacerlo todavía... Trabajo trece horas diarias en la prosaica tarea de escritorio... ¡contabilidad!... ¡correspondencia mercantil!... ¡Ca!... ¡Todo para ganar un sueldo que cubre económicamente las ineludibles necesidades!... Y la huerta, ¡mi huerta querida!, está lejos... cada año la veo sólo un par de días en que con ansias de avaro insaciable caigo sobre el tesoro que me ofrece pródiga y cargo de sus riquezas hasta no poder más... suspirando al dejarla... ¡Ya sé que allí está el filón!... ¡Cuántas veces torturo mi imaginación buscando el modo de expresar una cosa como ellos, como los huertanos, y no dando con la frase, pero presintiéndola, me digo: "Sí, la hay, no hay duda; ellos lo dicen todo a su manera"!

¡La lucha por la existencia, mi numerosa familia de la que soy el único sostén!... Esta es la causa, la santa causa de mis errores y de mis ignorancias... ¡Mientras el arte no me de algo de lo que necesito no podré darle tampoco todo lo que él merece! Mis producciones salen de milagro, viven de limosnas de tiempo, ¡ellas que constituyen mi más grande pasión, mi más pura alegría!...

El 4 de septiembre de 1908 se data la segunda de las cartas por el poeta escritas desde Rosario:



Comienzo a normalizar mi vida. Me he colocado de cajero en una importante casa comercial y vivo, como en Cartagena, alternando diez o doce horas diarias de guarismos con algún rato de mis aficiones literarias. ¿Qué he conseguido, entonces? Cambiar de ambiente (era una obsesión); venir a América (era un vehemente deseo, de esos que si no se realizan mortifican siempre). También me he aproximado a la realización de mi sueño de ver las grandes selvas, las cataratas del Iguazú, la cordillera andina... Al otro lado de ella está mi madre... Todo esto espero lograrlo poco a poco... viajar, correr el mundo y vivir la vida varia e intensa, con los recursos humildes de un trabajo prosaico que sostiene generoso estas caras aficiones de poeta viajero y soñador.

Su obsesión por la huerta nativa y el habla del pueblo es algo que no necesita en Vicente Medina ser ponderado. Ni tampoco su índole autodidacta, felizmente para un país en cuya literatura tan poco abundan otras parejas. A pesar de ello, nos confiesa que la lectura, copiosa y desorbitada, fue su pasto en los primeros años: "A la necesidad de andar siempre entre libros y periódicos se debió mi afición; yo leía mucho para matar el tiempo en mi puestecito, y a los trece años ya había leído repetidas veces las obras de nuestros más populares poetas y novelistas, así como las de algunos extranjeros ya traducidos entonces: Zorrilla, Espronceda, Bécquer, Narciso Serra, Campoamor, Núñez de Arce, Fernández y González, Alarcón, Valera, Trueba, Balzac, Lamartine, Víctor Hugo, Zola, Dickens, Julio Verne... En el comercio compraban periódicos atrasados para envolver; yo aprovechaba cuantos momentos podía para cortar y coleccionar los folletines que, a escondidas, leía por los rincones ávidamente... Escribí mucho sin ton ni son: cuentos, artículos, versos cómicos o tristes... En prosa, imitaciones de Selgas; en verso, imitaciones de Rueda, Campoamor y otros" (12).

Pero, sin desdeñarla desde luego, la cultura libresca nunca le fue meta de ambición alguna. Así, en torno a la crítica elogiosa de Azorín, en la cual éste trae a colación *La instrusa*, de Maeterlinck, a propósito de *El rento* (13), escribía a don Miguel el 5 de enero de 1900:

Ahora una aclaración por lo que valga. No he leído nada de Maeterlinck. Sé de este autor lo que nuestro buen amigo Martínez Ruiz dice en el prólogo de mis primeros *Aires murcia-*

(12) *La canción de la vida* cit., pp. 7, 9 y 15.

(13) Texto en "Obras completas", V. pp. 343-50. Habla allí Unamuno de la intensa influencia de Vicente Medina en Gabriel y Galán.



nos. ¿Puede ser aquello de influencia suficiente? Creo que sí, porque sin conocer *La intrusa*, leyendo lo que de este drama dice Martínez Ruiz, me lo imagino.

Deploro no conocer el teatro maeterlinckiano y muchas cosas más que necesito... tengo vastos proyectos de lectura y de labor meditada... ¿pero, y el tiempo? ¿Y los libros? ¡De todo tienen la culpa nuestros afrancesados actores!

Notemos lo resignado y benévolo de esas fronteras y su suplencia. Por otra parte no tenemos la sensación de que, a pesar de su agobiante tarea diaria, dada su entrega a su labor creadora, el vate archenero pueda decirse haber sido pobre de horas.

A lo largo de la correspondencia se refleja desde luego la estimación humana, y no solamente literaria, que de don Miguel tiene. El 2 de octubre de 1910 le escribía:

A mí y a los amigos de aquí que le quieren y a los cuales he leído su carta, nos satisface mucho su ánimo entero y decidido de llevar a cabo su misión. Esta disposición de Vd. excita a los demás, alienta. ¡Afile, afile la hoz, que hay cosecha en grande!

Yo trabajo también y es mi alegría, la más sana, el producir.

Y el 3 de enero de 1904:

No sé si estará Vd. en Salamanca y si esta carta llegará a sus manos; pero he necesitado esta mañana, con necesidad poderosa, comunicar con espíritus como el de Vd. y le escribo:

Yo te escribiría, aunque me dijeran  
que a tus manos no llegan mis cartas”.

El 2 de marzo de 1908, publicaba don Miguel en *La nación* de Buenos Aires *El poeta emigra*, cuando ya éste debía haber llegado al país en cuestión. Allí sentaba su sólida apreciación de su obra: “Y Medina es un poeta, no un artista tan sólo. Porque los más de los que como poetas pasan en España y en América —y más aún en América que en España— suelen ser a lo sumo artistas, pero poetas no. Todo lo suyo va por fuera, todo lo suyo es meramente formal, ya de la forma más superficial —la del lenguaje—, ya de forma algo más interior, aunque no mucho, de sensación, de visión, de detalle” (13). Desde la misma capital se lo acusa Medina, el día 7 del mismo mes:



Mi distinguido y bondadoso amigo: ¡Cuánto agradezco su artículo en *La nación*! ¡Consuela tanto una voz de leal amistad en tierra extraña, tan lejos del nido caliente que hemos abandonado!

En fin, veremos en qué para esta aventura mía. Hoy, recién llegado, no sé nada todavía: la prensa me ha recibido cariñosamente y nuestros compatriotas, así como algunos elementos del país; pero inmediatamente tengo que entrar en la lucha material para que no falte el pedazo de pan en casa...

¡Ya sabrá Vd. que me he traído a todos los míos!

El 30 de enero de 1917 le dice:

Y a Vd. lo leen y, mejor todavía, lo discuten... y, aún casi mejor, discrepan, sienten la punzada y se remueven y se inquietan... ¡oh!, fecunda inquietud! (14).

Pero el detalle más conmovedor de todo este epistolario es el ofrecimiento hecho por Medina a don Miguel de subvencionarle un viaje a Argentina, para el cual pensaba que las dificultades que aquél tenía eran económicas. El 3 de julio de 1915 le escribía:

Comprendo su deseo de venir por estas tierras y son muy propios de Vd. los escrúpulos respecto a mercantilizarse.

...¡Qué gusto y qué ancho ser yo y no los potentados!

Le ofrece incondicionalmente el envío de 2.500 pesetas, llegando a pedirle le precise el detalle de si prefiere se le giren a Salamanca o a otra ciudad.

Una vez aquí hará Vd. como quiera; es Vd. conocidísimo y su nombre un gran prestigio. Pero si necesita Vd. reposo, aislamiento, quietud, recogimiento de hogar, venga a Rosario a buscarme. Yo trabajo en la ciudad, donde tengo mi empleo, pero tengo mi casa en las afueras, en el campo, entre plantas y flores y algunos árboles plantados por mí.

Pero los motivos del desistimiento por Unamuno de su periplo atlántico no eran crematísticos (15) y al comunicárselo así a Vicente, éste le replica el 21 de septiembre, para excusar su ignorancia en la cuestión:

(14) Hay un largo párrafo relativo a la oleada del dinero. Unamuno la había anatematizado. Medina la considera natural. El problema velo en el encauzamiento de su empleo.

(15) Sobre esto, E. Salcedo, *Vida de don Miguel* (Madrid, 1964), pp. 201-2.



Yo aquí, como ahí, me alejo del oficialismo, de la prensa, de relaciones sociales vanas... trabajo oscuramente, sin parecerme que hago nada demás... He luchado como cualquiera por conquistar algunos intereses, pero con una codicia extraña, por un convencimiento positivista deplorable... Yo tengo una tendencia ideal a base de realidad... ¡Qué vida ésta!

El 21 de febrero de 1922, insiste en lo que ya era una nostalgia:

Y hasta decía en mi casa: "Si don Miguel quiere descansar aquí en el campo algún día, hasta le daremos unas sopas con su ajico y todo".

Esta es la última carta que el archivo nos ha conservado y no tenemos motivos para pensar existiesen más. Continúa así:

Estoy editando mis obras por mí mismo, porque no se me queden inéditas, y a peligro de que si muero desaparezcan inéditas... Morir sin haber vivido.

Y ante el aviso del librero madrileño Fernando Fe de que suspendiese los envíos a su comercio de las mismas, por dificultades aduaneras:

Da impresión, me parece una barbaridad eso de cerrarle la entrada a los libros en nuestra tierra... ¿Y para qué escribo tanto? ¿Debo escribir? ¿No debo escribir? ¿Basta escribir? ¿No es nuestro deber publicar y extender lo escrito?

Esta amistad epistolar fue llevada por Medina al terreno de las confidencias íntimas. El 3 de julio de 1915 le anunciaba la muerte de su esposa, tras una dolencia larga y penosas, que había esclavizado al poeta durante mucho tiempo y que fue reacia a un tratamiento especial intentado en Montevideo:

Era una buena compañera, sencilla, aldeana... éramos del mismo pueblo, estábamos casados veintidós años...

Y el 21 de septiembre, en un terreno mucho más de confesión:

A otra cosa. Iba a escribirle a Vd. una larga carta, que espero escribirle más tarde, sobre aquel amor... "mi reina de la



fiesta" (16), y sobre este amor que hoy lloro, la madre de mis hijos, mi compañera, mi mujer de mi alma, sin que el alma reniegue de ningún otro amor... ¡Qué vida ésta! Yo con Vd. mi buen amigo, me confesaría (17).

En su primera carta desde Buenos Aires, la ya citada de 7 de marzo de 1908, Medina recomendó a don Miguel a un erudito secretario del Juzgado de Rosario, Juan Alvarez. Desde Rosario, el 4 de septiembre, le adjunta una carta de Alvarez mismo, y le anuncia el envío de la obra de este *Orígenes de la música argentina*. En el archivo unamuniano hemos encontrado además de ésta, datada dos días antes, la primera, de 9 de marzo. Tienen interés por revelar un espíritu inquieto y profundo en sus polaridades. Le dice que a propósito de sus estudios musicológicos había encontrado en Argentina influencias españolas, indias, portuguesas, africanas, de las óperas italianas y los coros ingleses. Y que ello le había hecho pensar en las del idioma. Don Miguel, a juzgar por la contestación que se le da, le había entonces recomendado la lectura de una obra de Menéndez Pidal.

Ya hemos aludido al entrañable artículo en que don Miguel apreció la poesía de Medina (18). En nuestra búsqueda por la selva unamuniana no hemos topado con ningún otro, aunque es posible pueda depararnos algo más, y sobre todo su epistolario que ya es hora vea la luz y siga completándose hasta llegar al agotamiento aún lejano.

Y uno de los vacíos que es preciso acusar en la gigantesca labor creadora y excitadora del rector salmantino es el de la llamada de la hermosísima tierra de Murcia, como la de toda la España mediterránea, salvo Mallorca y algunas conexiones catalanas más bien literarias. El 3 de agosto de 1902, pronunciaba en Cartagena su discurso ya aludido

(16) A ella se refirió don Miguel en *El poeta emigra*, calificándola de "hermosísima poesía que es un regalo de intimidad de sentimiento", y citando "yo también tengo amores-debajo de unas flores, mi reina de la fiesta".

(17) Dice mandarles unos "versos inéditos y recientes del triste venero".

(18) Es muy exacta la que hace en la carta de 1899 antes citada: "Creo que su aptitud de Ud., más que para la poesía propiamente lírica, para la expresión de propios sentimientos y pensamientos, es para lo que los griegos llamaban idilio —no en el sentido moderno, sino en el helénico, bien conocido de mí que llevo siete años explicando griego y literatura griega—, para el cuadro sobrio y sentido de algún suceso particular, para el cuadro de género o de costumbres, que hoy decimos". Cf. las opiniones de Valera y Azorín (*Poesía cit.*, pp. 22-3 y 33) y Clarín (cit. en J.M. de Cossío, *Cincuenta años de poesía española (1850-1900)* (Madrid, 1960), pp. 1248-53. *Sobre la poesía en murciano*, *ibid.*, 1244-7. Y *Sobre poetas murcianos en castellano*, *ibid.*, 930-5). Estima Cossío que fue Medina "quien verdaderamente descubrió las posibilidades literarias del dialecto".



en el epistolario, *España y los españoles* (19). En esa estancia conoció a Vicente: "Conocí a Medina en Cartagena, donde vivía ganándose la vida como tenedor de libros de un comercio, y os aseguro que jamás conocí hombre de alma más transparente y limpia, de corazón más sencillo y noble. Quedé tan encantado del hombre como encantado iba del poeta" (20). Y en el discurso se le refirió: "...vosotros que tenéis en Vicente Medina a un poeta que avizora en los pliegues y recovecos de vuestra alma popular para descubrirle la vena de los sentires, sacárselos y regalarlos luego, convertidos en cantares, a otros pueblos hermanos...". El 27 de marzo de 1932, era mantenedor de los juegos florales de Murcia, a la que llamó en su nueva pieza oratoria (21), "ciudad de PRIMOR". Pero nada más, contrastando con sus morosas delectaciones castellanas y portuguesas (22). Y sin embargo fue un poeta murciano del pueblo uno de los literatos que a un nivel de más inmediata sinceridad consiguió mover su corazón y su pluma.

Antonio Linage Conde  
Universidad de Salamanca

(19) No incluido en las "Obras completas". Véase en *De esto y de aquélla*, III (Buenos Aires, 1953), pp. 593-609. La ciudad que ha conocido le evoca la suya: "Me recuerda este pueblo a mi pueblo, Bilbao, mercantil y minero también, aquél en el Atlántico, éste en el Mediterráneo que al abrirse el istmo de Suez dejó de ser el *mare nostrum* europeo". Se trata de una pieza muy interesante. Es una exaltación del sustrato hispano anterior a la romanización: "...pero ni le somos deudores a Roma de las entrañas de nuestro espíritu ni es de creer que hayamos aún convertido en carne y sangre propias esa cultura misma de que estamos revestidos". Su corolario del hispanismo de los escritores hispano-latinos está aún sobre el tapete. Cf. C. Sánchez Albornoz, *España, un enigma histórico* (2.ª ed., Buenos Aires, 1962), p. 110-1. Notemos también: "Se me ha dicho alguna vez que germanizo y anglosajonizo; es conveniente donde so capa de una latinidad en gran parte ilusoria, afrancesan o italianizan los más."

(20) En *El poeta emigra*, cit.

(21) Texto en "Obras completas", VII, pp. 1037-44.

(22) Una postura crítica frente al desdén del 98 por el paisaje mediterráneo en J. Fuster, *El país valenciano* (Barcelona, 1962), pp. 178-9.

